

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 225.—Vörth: Crítica de Narraciones francesas y alemanas por el capitán Immanuel, del ejército alemán, traducido por el marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.; pág. 227.—Napoleón jefe de ejército: Marengo (conclusión), por el conde de Yorck Watenburg; traducción de don Luis Trucharte, comandante de Infantería; pág. 230.—Variedades: La vida militar en Alemania: El mosquetero Horn, novela militar moderna (continuación), por M. Arthur Zapp; pág. 233.—Sección bibliográfica: Las prácticas y ejercicios militares de la 6.ª región en octubre de 1902, folleto por el teniente coronel de Infantería don Domingo Arráiz de Conderena; pág. 239.

Pliegos 109 y 110 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió Bellvé, comandante de Ingenieros.

FORTIFICACIÓN DE CAMPAÑA (3.ª edición), por D. Joaquín de La Llave y García, coronel, teniente coronel graduado de Ingenieros.—Pliego 1.

CRÓNICA GENERAL

ABURRIMIENTO DE LA EUROPA MILITAR.—LA ORDEN DE DESCANSAR LAS ARMAS.—CAUSAS QUE HAN DETERMINADO EL PERIODO DE PAZ ACTUAL.—PUEBLOS QUE DAN ORIGEN Á LA GUERRA.—APARATO DE SEGURIDAD PARA EVITAR EL PELIGRO DEL FUEGO EN LAS MANIOBRAS.

¡La Europa militar se aburre! Tal es la opinión que se refleja en la prensa profesional extranjera, falta de emociones fuertes que relatar, de temas de actualidad que discutir, de grandes transformaciones técnicas que aquilatar ó contrastar.

Lo cierto es que la guerra en grande, el choque de pueblos de ejército colosal y de cultivado espíritu militar parece que esté dormido. Estados que llevan treinta años archipreparándose para la guerra—como decía Moltke—ahora que están preparados, en vez de escuchar el toque de *ataque* dado por sus gobiernos, más bien oyen el de *descansen armas*; cuando no la orden de limpiarlas con singular esmero, así como la de abrillantar todo género de galas y de arreos, no ya para alardear gallardamente las fuerzas que han de derrotar al enemigo, sino para rendir honores á los soberanos extranjeros, que se pasan el año dándose apretones de mano.

Pero, nótese bien, la persistente paz lograda por esos pueblos poderosos á que nos referimos no la han conseguido por tratados diplomáticos ni por convenciones políticas, ni merced á un espíritu de solidaridad universal que haya penetrado en el alma de los pueblos. Tienen paz, porque se han preparado y continúan preparándose para la guerra. La paz, que es el equilibrio de la mecánica internacional, no nace de la supresión de fuerzas, sino de la ordenada oposición de esas fuerzas.

Las guerras se originan del contacto entre dos pueblos perturbados, ó del contacto entre uno de esos pueblos y otro poderoso. No ha de ser el contacto material, de frontera común. Basta que sea el contacto político, que nace de relaciones mercantiles, de raza ó de lo que fuere. Un pueblo desgobernado, un pueblo sin ideales, un pueblo sin instrucción, es como un foco infeccioso: junto á él veréis desarrollarse todo género de enfermedades sociales: revoluciones, alteraciones, guerras, trastornos de cualquier naturaleza. La guerra es á veces la escoba que barre esos focos de infección, y devuelve á los pueblos la virilidad perdida. La guerra es el bisturí que hace desaparecer lo que la higiene no consiguió evitar; que la higiene de los pueblos es el amor al trabajo, á la instrucción, al progreso; puesto todo al amparo de fortísimas instituciones militares, que ¡no importe que se aburran! logran mantener la verdadera personalidad é independencia de los Estados.

Europa, en general, practica los principios de esa Higiene pública, pues, arma al brazo, guarda los tesoros alcanzados por la instrucción y el trabajo. Pero hay pueblos desdichados que no han sabido darse cuenta de su estado, ni aún cuando el terrible bisturí les ha arrancado los mejores miembros. Atrasados cien años con relación á su época, no han visto como se desenvuelven las sociedades modernas, con la custodia de ejércitos modernos también, y así llevan en sí constantemente el germen de la guerra en el interior ó en el exterior: el germen de la guerra impensada, la que nace, no de la voluntad nacional, sino de los deseos del coloso lleno de ambición ó del partidario dispuesto á derrocar, con cualquier pretexto, el edificio social.

*
* *

En los simulacros de combate, término natural de los diversos períodos de las grandes y pequeñas maniobras, suelen producirse accidentes graves, por dos causas de la misma índole. La primera es que no debiendo cesar el fuego sino al hallarse muy próximos (100 metros) los bandos contrarios, por poco que se rebase este límite, los tacos de los cartuchos de fogeo hieren á veces á los soldados; la segunda es que, por mucho que se extremen las precauciones, algunos soldados hacen uso, sin darse cuenta de ello, de cartuchos de guerra, en lo cual el peligro que corren los simulados combatientes aumenta extraordinariamente.

Tenemos entendido que el gobierno alemán ha ofrecido un premio de 100.000 marcos al mejor sistema, que evite ese escollo de las maniobras, y sin duda estimulados por tamaño cebo, los inventores han estudiado muy detenidamente el modo de que el terrible fusil pueda convertirse en inofensiva caña cuando así convenga.

No conocemos más que dos proyectos de esta clase. El uno es de la casa G. Botk, de Viena, y el aparato correspondiente se coloca en la boca

del fusil, estando provisto de cuatro cuchillas que debían cortar el taco en el momento de salir del cañón, desviándose los pedazos que resultaban ya, partidos de este modo, inofensivos. Este sistema no dió el resultado apetecido y además era absolutamente inútil para evitar el mayor peligro, que nace del empleo involuntario del cartucho de guerra.


Mejores resultados parece que ha dado el sistema indicado por el constructor Kussmann, de Berlín. Consiste el método propuesto en colocar, igualmente en la boca del fusil, una boca suplementaria, la cual no se puede quitar sin el empleo de una llave especial, que sólo poseen los oficiales. Esta precaución está muy bien entendida, pues de poco serviría el aparato de seguridad, si el soldado pudiera guardarlo en el bolsillo, para evitarse molestias.

La boca suplementaria, en vez de ser recta, como el cañón, se desvía hacia arriba, y la nueva boca está algo abocinada. Al llegar los tacos de los cartuchos de foguero á este cambio de dirección del ánima, se rompen en muchos pedazos, se elevan por el aire, y caen después lentamente, sin producir daño alguno. En esta boca suplementaria existe lateralmente un orificio á fin de que no queden sin salida los gases en caso de atorarse la boca del aparato de seguridad.

Los proyectiles de guerra no se rompen, pero son desviados igualmente hacia arriba y ese nueva trayectoria, por elevación, ya no es tan peligrosa como la primitiva de la bala. Dicen que con el aparato de seguridad el Kussmann, se han hecho muchos ensayos, y los resultados han sido satisfactorios.

No lo dudamos, y aún creemos, que habrá quien vote para que este ú otro inventor reciba los 100.000 marcos. Y sin embargo será ésta una injusticia tremenda, pues hay un sistema mucho más práctico y seguro para evitar tales peligros en las maniobras, y sin duda no faltará por ahí quien lo recomiende al gobierno alemán. Y el sistema mejor es, indudablemente.... no tener maniobras.

NIEMAND.



WÖRTH

CRÍTICA DE NARRACIONES FRANCESAS Y ALEMANAS

POR EL CAPITÁN IMMANUEL, DEL EJÉRCITO ALEMÁN

(Continuación)

Concretándonos á nuestro caso, el relato de la batalla de Wörth que se lee en la obra del estado mayor alemán, es un parte sencillo, sin elegancias en la forma, pero también sin censuras ni atenuaciones. La crítica falta absolutamente en este libro, en el que, dado su objeto, hubiera

estado fuera de lugar. Sólo se refieren hechos. El heroísmo de las tropas alemanas y la resuelta iniciativa de sus jefes no encuentran ni una frase de encomio, sino que se consignan como dotes proverbiales del ejército, como causas naturales del éxito. Por otra parte, la narración del estado mayor omite circunstancias que posteriormente no ha aprobado la crítica privada y hasta las ha calificado de faltas. Este es el carácter esencial de la obra, pues el elevado centro que la redactó tuvo bastante tino para dejar los frutos de la victoria á una generación venidera; al talento de las personas que supieran con una ojeada crítica deducir enseñanzas y reglas en uno ú otro sentido, creando de esta suerte una evolución espontánea de gran provecho.

Igualmente la obra del estado mayor alemán se abstiene de criticar las disposiciones de los franceses. No hubo naturalmente motivo alguno de alabanza; no cupo tampoco la censura, dentro de la elevación de miras que inspiraron la obra de nuestro estado mayor. Algunas veces, cuando el vencido, por su conducta, se ha hecho merecedor de la compasión humana, se nota un ligero elogio. Así, por ejemplo, se dice de la carga de la brigada de coraceros Michel, que soportó *heroicamente* los fuegos de la infantería alemana y que se *sacrificó* por cubrir la retirada de la infantería francesa al Niederwalde.

Es, por consiguiente, la narración del estado mayor alemán un parte; la del estado mayor francés, no sólo es un parte, sino una crítica, y no siempre una crítica imparcial.

La obra del estado mayor francés está basada en la del estado mayor alemán y en otras obras alemanas publicadas antes y después de la oficial. Obsérvase en estas últimas dos tendencias distintas. Hay autores que relatan los hechos de los diversos cuerpos bajo la forma de partes; por ejemplo: Heilmann (II cuerpo bávaro), Stieler von Heydekamp (V cuerpo), Helwig (I cuerpo bávaro), Leo (artillería alemana), etc. La otra clase de obras consiste en críticas de la batalla y enseñanzas para el porvenir: Keim (*La batalla de Wörth*); Kunz (*La batalla de Wörth*); Boguslawski (*Nuevos estudios sobre la batalla de Wörth*), etc. Entre ambas tendencias están las *Obras militares* de Moltke; también debe mencionarse el libro notable de Granier (*Combates de entrada*). Atención particular debe prestarse igualmente á la obra del general ruso Woide: *«Causas de las victorias y derrotas de la guerra de 1870-71, que hace una crítica completamente imparcial y revelando conocimientos militares superiores.*

La mayor parte de los trabajos mencionados son críticas que tratan de aplicar á lo futuro las enseñanzas de la batalla. El haber conservado el ejército, después de los brillantes triunfos de 1870-71, á la altura de todos los progresos de los tiempos, sin precipitarse en el camino de las reformas, es un gran rasgo de la dirección de los ejércitos alemanes. Las

impaciencias de reformadores tácticos y de pesimistas, que sólo encontraban motivos de censura en los grandes hechos, fueron refrenadas con perseverancia análoga á la que se observó en la adopción de medidas que variaran lo subsistente, lo que se había empleado en la guerra. A toda opinión técnica y razonable se le dió libre expansión. No es éste el momento de analizar la labor del gran estado mayor; sólo diremos que los actuales métodos de combate de las armas principales han ido deduciéndose paulatinamente por el esfuerzo intelectual, lográndose imponerlos en la instrucción y dirección de las tropas. Y á esta sana tendencia debemos importantes adelantos. Las experiencias de Wörth sometidas de esta manera á la crítica han contribuido en mucho á estos resultados. Recordemos solamente cuán instructiva es la dirección de grandes líneas de tiradores en terreno difícil, tal como nos la presenta, por ejemplo, el XI cuerpo en el Niederwald, el V cuerpo entre Wörth y Fröschweiler y los bávaros en los matorrales de Langensulzbach. Naturalmente, para que la crítica infundiera la persuasión, sería necesario que revelara con claridad las experiencias *desfavorables* de la batalla. Debiera decirnos lo mucho que se dispersaron las tropas, la dificultad que encontró la dirección subalterna, lo sangrientos é inútiles que fueron los ataques efectuados sin concierto, y con cuanto esmero ha de atenderse á la instrucción de las clases y del soldado, como tirador. Pero también la dirección superior podría y debería quedar sometida á una crítica inteligente, si se quiere aprender y progresar. Recordemos el avance de la vanguardia del V cuerpo en las primeras horas de la mañana, tan audaz como arriesgado; también el fracaso de los movimientos de persecución, tan acertadamente dispuestos por el general en jefe en dirección á Reichshofen; el conservar á retaguardia la 4.^a división de caballería; el renunciar al contacto con el enemigo derrotado, en la noche anterior al 7 de Agosto. Todos éstos son sucesos que incitan á la discusión y al esclarecimiento de conceptos, en tanto que también explican el curso de los acontecimientos. Seguramente es fácil y cómoda en el gabinete la crítica de la ruda y angustiosa realidad de la guerra; pero de ella no es posible prescindir. Aprender, no únicamente censurar, debe ser la norma de toda crítica, sin la cual no hay actividad, no hay progreso.

En verdad que no nos han faltado á nosotros críticas de esta índole, y á veces muy severas. Ningún perjuicio hemos experimentado con ello, puesto que hemos sabido distinguir lo que debíamos rechazar por injustificado y lo que teníamos que admitir después de discutido.

Y preguntamos ahora: ¿Ha sabido la obra del estado mayor francés apreciar en su justo valor esta crítica de los alemanes á sí mismos? Hemos de contestar la pregunta con un *no* rotundo. La narración francesa que se ha servido de las obras críticas de los alemanes, fué incapaz de distinguir que estos ensayos críticos no son fuentes históricas de autori-

dad indiscutible. Lo que los críticos han deducido, como consecuencias, se establece erróneamente en la obra francesa como sucesos y como cualidades generales de la acción combatiente de los alemanes. Esto es una falta evidente de los historiadores franceses y así han producido cuadros falsos é imaginarios.

En apoyo de lo que afirmamos citaremos dos pruebas sacadas de la obra del estado mayor francés; una de ellas relativa á la crítica de la infantería alemana y la otra sobre la acción de ambas caballerías.

(Concluirá)

Traducido de la revista *Die Armee*

por el MARQUÉS DE ZAYAS

Teniente Coronel de E. M.



NAPOLEÓN JEFE DE EJÉRCITO

(Conclusión)

MARENGO

Entonces fué cuando apareció Desaix con la división Boudet. Todos los elementos, que los jefes pudieron todavía conservar bajo su mando, se agruparon en torno de dicha división. Napoleón envió á todas partes sus ayudantes de campo á ordenar á las tropas, que pudiesen aún encontrarse en el campo de batalla, que hicieran frente y marchasen adelante. Marmont reunió á la derecha de Desaix una batería de 18 piezas para sostener el ataque. La brigada Kellermann, que durante la batalla había cubierto el ala izquierda de Victor, rodeó á la división Desaix, vino á flanquear á la artillería de Marmont por la derecha y apoyó este retorno ofensivo á lo largo de la carretera.

Desaix lanzó impetuosamente toda su división sobre la cabeza de la gran columna austriaca. Mientras que esta vacilaba y se detenía, Kellermann cayó con su primera línea sobre su flanco izquierdo y se precipitó con su segunda sobre la caballería austriaca, que, encargada de la protección de este flanco, marchaba por fuera de la carretera. Esta caballería logró evadirse y Kellermann lanzó al punto su segunda línea sobre la columna de infantería. Este ataque combinado de Desaix y Kellermann fué decisivo. La primera mitad de la columna enemiga fué totalmente destruida, pasada á cuchillo ó hecha prisionera. El resto de esta columna, desordenado por los fugitivos, concluyó también por sucumbir al empuje de los franceses, cuyo retorno ofensivo se había generalizado. Desde entonces quedó decidida la suerte de la batalla. Los austriacos huyeron al otro lado del Bormida. Su retaguardia se sostuvo, sin embargo, en la cabeza del puente hasta la llegada de Ott, que regresaba de Castel-Ceriolo. La vanguardia francesa vivaqueó por la noche en Pietrabuona y el grueso del ejército en Marengo.

A la mañana siguiente, Mélas envió un parlamentario á Napoleón, y aquel mismo día, se firmó una convención, según la cual el ejército austriaco evacuaría la alta Italia con todas sus plazas hasta el Mincio. El 15 de Mayo Napoleón había empezado á pasar el Gran San Bernardo, y el 15 de Junio ya estaba decidida la suerte de la campaña. La concepción estratégica, en que se fundaba su plan, se había completamente realizado.

Esta campaña nos permite confirmar el fundamento de la palabras dirigidas por Napoleón á Jomini, al principio de la campaña de 1806: «El secreto de la guerra está en el secreto de las comunicaciones» (Jomini: Tratado de las grandes operaciones militares, tomo 3.º, pág. 18). O por mejor decir: conocer el secreto del buen éxito en la guerra es saber apoderarse, con la masa de sus fuerzas, de los caminos que conducen más rápidamente á las comunicaciones del enemigo, sin perder por eso las suyas. Se puede muy bien llegar á este conocimiento por el estudio; lo que es ya, desde el punto de vista práctico, una gran ventaja, que puede obtenerse directamente de las enseñanzas de la historia militar.

Cierto es que el estudio por sí sólo no forma los grandes capitanes, porque si bien nos facilita la noción clara de lo que debe hacerse en la guerra, esta noción no es todavía la aptitud para poner en práctica la teoría, sino únicamente la primera condición de esta aptitud. Willisen tiene, pues, mucha razón, cuando dice: «Siempre hay que dar un salto desde la ciencia al arte, que no es más que una aplicación de aquella, pero este salto parte de la ciencia y no de la ignorancia». (Jomini: Tratado de las grandes operaciones militares, tomo 3.º, pág. 18). Jomini ha comentado el mismo pensamiento: «Las bonitas combinaciones, que amenazaban la existencia de los ejércitos, de Wurmser, Mélas, Mack y Brunswick, eran en sí mismas grandes maniobras; ellas solas hubieran causado la derrota del enemigo; pero no habrían hecho más que amenazar la suerte de estos ejércitos, no los hubieran destruido, sin aquella brillante ejecución, aquel vigor, aquella rapidez, que han asombrado al mundo.» (Jomini: Tratado de las grandes operaciones militares, tomo 3.º, página 215). El mismo escritor insiste todavía más sobre el hecho de que el mejor plan no adquiere su valor sino de su ejecución, y dice: «El arte de la guerra no consiste en hacer correrías por las comunicaciones de sus enemigos, temblando dar un paso; consiste esencialmente en apoderarse de sus comunicaciones y marchar entonces al combate». (Jomini: Tratado de las grandes operaciones militares, tomo 4.º, pág. 34).

Esto es lo que sucedió en Marengo, y por esta razón el gran crítico de la época se expresa así: «Estos acontecimientos fueron preparados de más lejos por la hábil dirección del plan de campaña, porque no hicieron más que completar la ejecución de una sabia y atrevida combinación: la de lanzarse sobre las comunicaciones de su adversario, sin comprometer las suyas. Si Bonaparte hubiese sido derrotado en Marengo, no opinamos,

como muchos lo han pretendido, que acorralado en un campo cerrado, no hubiera tenido más remedio que sucumbir». (Jomini: Historia crítica y militar, tomo 13.º, pág. 301). Esto es incontestablemente cierto, porque la línea de retirada por la carretera de Stradella, después al otro lado del Pó, estaba completamente á su disposición. Además, lo que había sido causa de la debilidad de Napoleón en el campo de batalla de Marengo (los numerosos destacamentos que había enviado) le permitía en lo sucesivo reanudar la lucha con tropas frescas. Véase, si no, lo que él mismo dice con este motivo: «Yo me encontraba en una situación extraordinaria, arriesgaba poco para ganar mucho. Derrotado, me hubiera retirado á mi campo atrincherado en Stradella, pasaba el Pó por mis cinco puentes protegidos por mis baterías, sin que el ejército enemigo hubiera estado en disposición de oponerse á ello; reunía mi primera división á los cuerpos de Moncey, Lecchi y Turreau; dejaba franquear el Pó á uno de los cuerpos de Mélas (que no deseaba otra cosa); entonces, superior en número podía atacarle con todas mis fuerzas. Vencedor, hubiera obtenido el mismo resultado. Su ejército bloqueado entre nosotros y el río, se hubiera visto obligado á rendirse y entregar todos sus fuertes. Si yo hubiese sido derrotado, lo que creo hubiera sido imposible, emprendía una guerra regular y reclamaba el auxilio de Suiza». (Antonmarchi: Memorias, tomo 1.º, pág. 184).

Ya hemos dicho antes que la batalla de Marengo hizo época en la carrera de Napoleón, y hemos comparado también su método de guerra, á partir de este momento, con el de Federico después de Kolin. Estamos, sin embargo, obligados á volver á esta comparación, colocándonos en otro punto de vista: el objeto militar final de toda guerra es la destrucción del enemigo, y á este fin únicamente se puede llegar por la ofensiva. No hay, por lo tanto, nada que deba extrañarnos, en hacer constar siempre el predominio completamente particular de la idea de ofensiva cada vez que uno se encuentre en presencia de éxitos más importantes. Desde este punto de vista, hallamos una notable diferencia entre el vencido de Kolin y el vencedor de Marengo. Examinado de cerca el método de guerra de Federico, á pesar del carácter ofensivo de sus aplicaciones parciales, está basado en la defensiva, porque ésta se inspira sobre todo en el instinto de conservación; el de Napoleón, al contrario, es cada vez más ofensivo, porque aspira al imperio del mundo. Así es que, aun en 1813, no hace la guerra para sostenerse, sino para aniquilar al adversario. Si entonces hubiera razonado como soberano, habría comprendido que este aniquilamiento del enemigo era ya imposible; pero como en él, el hombre político no quería practicar la política de renuncia (casi estamos tentados á decir que no podía ya, siendo esclavo de su glorioso pasado) el gran capitán tenía el derecho de no modificar el carácter de su método de guerra y de aplicarlo como en el pasado. Por lo que á nosotros toca, no podemos

menos de admirar que hubiese obrado de esta manera, aunque nos veamos obligados á reconocer que este método de guerra había de conducirle fatalmente á su ruina.

CONDE DE YORCK WATENBURG

Traducción de L. TRUCHARTE

VARIEDADES

LA VIDA MILITAR EN ALEMANIA

EL MOSQUETERO HORN

NOVELA MILITAR MODERNA

por M. ARTHUR ZAPP

(Continuación)

El infeliz arrestado se puso densamente pálido cuando al fijarse en el sobre reconoció la letra de su novia. Abrió la carta con mano trémula y después de leerla rápidamente, se puso á gemir como un ciervo herido.

Su novia le decía que acababa de llegar con su madre, y le rogaba que pidiera lo eximiesen del ejercicio aquella tarde y que le concedieran permiso para estar fuera del cuartel hasta media noche.

Nunca pudo imaginar la cariñosa joven el disgusto que aquella agradable sorpresa había de causarle á su prometido. Este se había sentado y permanecía en un estado de absoluta postración, la carta se le había caído de las manos; sus brazos pendían inertes á lo largo del cuerpo, y sus ojos miraban extraviados, como si le faltara la razón.

El mozo del hotel no sabía qué pensar de ello, pues recordaba que le habían dicho que la carta tenía respuesta. Los otros soldados rodearon á su camarada y le preguntaron, consternados, la causa de su abatimiento. Franz Kutschbach concluyó por rehacerse, cogió del suelo la carta de su prometida, y la leyó en voz alta: luego se asió desesperadamente la cabeza con ambas manos y dejó escapar estas palabras de su oprimido pecho:

—Pobre Elena, pobre Elena!

Iba á llorar ya como un chiquillo, cuando Scharf le dió un golpe en el hombro y le dijo:

—No seas tan pusilánime; acuérdate de que eres un hombre. Un poco de ánimo y todo marchará como una seda. Cepíllate; vete á buscar al sargento mayor; enséñale la carta que has recibido de tu novia y suplí-

cale que interceda en favor tuyo con el capitán para que éste suspenda por esta tarde tu arresto; pero despide antes al criado del hotel y dale para tu novia una palabra de esperanza. Después de todo, el *Waschbär* (el oso de los sermones, que es el mote que los soldados le habían puesto á su capitán por su semblante indigesto y por la costumbre que tenía de darle á la cosa más pequeña las mayores proporciones) tiene un corazón en el pecho, y preciso será que el diablo meta la pata para que por esta vez no anteponga la clemencia al reglamento.

Esto animó á Franz Kutschbach, quien escribió dos letras á su prometida diciéndola que iría á verla tan pronto como le fuese posible, y luego se preparó para ir á ver al sargento mayor. Este hacía muy poco tiempo que se había casado, y nadie como él estaba en condiciones de comprender el estado de ánimo del pobre Kutschbach.

—Veré lo que es posible hacer—le dijo.—El señor capitán vendrá á las dos y media; le haré presente vuestra petición, y lo demás dependerá de Dios y del señor capitán.

Franz se retiró algo consolado por la amabilidad con que el sargento mayor había acogido la súplica. Nunca como en aquella ocasión había cepillado su ropa y limpiado su armamento para el ejercicio de aquella tarde. Sus compañeros pusieron en él la mano é hicieron de modo que no llevara sobre sí ni el menor átomo de polvo.

A las dos de la tarde estaba ya la compañía en el patio del cuartel. Franz Kutschbach estuvo á la perfección en los movimientos que se efectuaron. A las dos y media llegó [el señor capitán: presencié durante un rato el ejercicio y pareció extraordinariamente satisfecho; nada tuvo que corregir ni censurar. Hizo luego seña al sargento mayor para que se le acercara. Había llegado el momento decisivo.

—El mosquetero Kutschbach—dijo el sargento mayor después de haber dado cuenta de otros dos asuntos—pide se le exima de servicio esta tarde, y que se le dé permiso para estar fuera del cuartel hasta media noche, en atención á...

La *madre de la compañía* no pudo decir más, porque el capitán, frunciendo el entrecejo de un modo imponente, lo interrumpió con voz ruda y penetrante diciendo:

—El mosquetero Kutschbach no está castigado?

—A vuestras órdenes, señor capitán.

Entonces se produjo como el estallido de un trueno que retumbó de un extremo á otro del patio, y que de tal manera asustó al infortunado Kutschbach, que poco faltó para que su corazón dejase de latir.

—Cómo—exclamó el comandante de la compañía encendido el rostro por la cólera—estando castigado ese hombre ha tenido la audacia de pedir que se le exima de servicio? Jamás he visto desvergüenza semejante ¡Ira de Dios! No concibo, sargento mayor, cómo habeis podido

transmitirme tan descabellada petición. Ese hombre se figura, probablemente, que sigue aún sentado detrás de su pupitre en la oficina de correos. Apuntad, sargento mayor. Cinco días más de arresto en el cuartel al mosquetero Kutschbach por su conducta inconveniente. Yo haré que conozcais la disciplina, ira de Dios!

Al pobre Franz Kutschbach le flaqueaban las piernas; pero no le era permitido ceder á su debilidad: el señor capitán empezaba á hacer maniobrar á su voz la compañía y no solamente era preciso estar alerta sino apelar á toda la energía que cada cual tuviese.

Los soldados francos de servicio habian vuelto á entrar á las cuatro en sus cuadras y tomaban el café de la tarde que los rancheros les habian subido de la cocina, cuando la señorita Elena, la prometida de Kutschbach, se presentó en el cuartel con su madre. La entrevista de los dos novios fué conmovedora. Los camaradas se separaron por discreción y abandonaron el local los unos después de los otros; pero la alegría de verse fué literalmente aguada por las lágrimas que ambos derramaron á torrentes.

Como aquellas señoras no podían permanecer en el cuartel más de media hora, Franz juró á su prometida que iría á pesar de todo al hotel para pasar en él dos horas al lado suyo y celebrar juntos el aniversario de su nacimiento, costárale lo que le costara.

Cuando las señoras se marcharon, Kutschbach celebró consejo de guerra con los más íntimos de sus compañeros. La opinión general fué que Kutschbach no debía pensar en evadirse del cuartel antes de las nueve. El cabo de cuartel se vería obligado á dar parte de su desaparición, además de que á las siete habría lección teórica de recosido y limpieza, y que á las nueve el suboficial de servicio presenciaria la lista. Después de las nueve, cuando todo el mundo se hubiese acostado, habría menos riesgo de que notaran la ausencia del castigado. Verdad es que algunas veces hacia el suboficial de servicio alguna ronda por los dormitorios durante la noche y colocaba su farol junto á la nariz de los que dormían para asegurarse de que todo el mundo estaba presente, pero cada suboficial tenía su costumbre particular, y el señor Schwarz, que era el que estaba de servicio aquel día, era conocido de todos los soldados como uno de los más cómodos. Rara era la vez que entraba en los dormitorios después de las nueve, y las pocas veces que entraba lo hacia siempre por la madrugada, por que tenía la costumbre de acostarse inmediatamente después de la hora de la lista, y de dormir de un tirón las primeras horas de la noche.

Kutschbach pasó toda la tarde en estado febril: su proyecto, algo arriesgado y al mismo tiempo peligroso, unido á la alegría de encontrarse pronto al lado de la mujer que amaba, produjeron en él un estado físico excepcional, estado en que pasaba alternativamente del calor, al frío y

del frío al calor. Cuando á las nueve de la noche la corneta tocó el punto de silencio, éste resonó en el corazón de Kutschbach que latía precipitadamente.

Dos minutos después entró el suboficial de servicio. Cada soldado estaba en la posición reglamentaria cerca de su armario; á Kutschbach le castañeteaban los dientes.

—No falta nadie—dijo el cabo de cuartel dándole parte.

Después se acostó todo el mundo; Kutschbach y sus compañeros de complot lo hicieron también. Al cabo de algunos minutos, los sonoros ronquidos que salían de la cama del cabo de cuartel, indicaban suficientemente que éste se había sumergido en un profundo sueño. Al punto Kutschbach, Horn, Rühl, Scharff y Westphal se echaron fuera de la cama y se vistieron de prisa y con precaución, y dejaron el dormitorio á la sordina, uno después de otro, andando de puntillas. Una vez fuera de él, se separaron. Werphal salió por la puerta del Sud del edificio del cuartel mientras que los otros cuatro se deslizaban al patio por el postigo del Norte; aquél estaba encargado de llamar sobre sí la atención del centinela paseándose en todos sentidos frente á la puerta grande del patio del cuartel y de entablar conversación con él bajo el pretexto de que, no pudiendo dormir, bajaba á respirar un poco el aire fresco. Los otros cuatro, por su parte, se habían dirigido hacia un punto determinado del gran muro del patio del cuartel, bastante lejos del cuerpo de guardia. No era fácil escalar el muro, por lo alto que era, y quizá no le hubiera sido posible efectuarlo á Kutschbach, sin la destreza del hombre-serpiente; pero Rühl saltó sin esfuerzo sobre los hombros del vigoroso Scharff y desde ellos al muro; se tendió en él boca abajo y tiró de Kutschbach á quien Horn, que se había subido luego sobre los hombros de Scharff, ayudó por su parte. Luego Rühl deslizó á su camarada suavemente del otro lado del muro. La operación duró pocos minutos, y quedó rápidamente convenido entre todos, que Kutschbach los esperaría en punto de la media noche en el mismo sitio, después de lo cual los otros tres camaradas regresaron al dormitorio felizmente sin haber tenido ningún mal encuentro.

Pablo Horn estaba tan sobreexcitado, que no pudo cerrar los ojos; por otra parte, era preciso estar despiertos á la hora convenida para ayudar á su camarada á entrar en el cuartel. Eran poco más de las once cuando de repente se oyeron por el corredor los pasos de alguien que andaba lenta y pesadamente. Pablo Horn aplicó el oído. Quién sería? Se abrió una puerta y dejó de sentirse el ruido de los pasos. Era, evidentemente, alguno que había tenido permiso y que regresaba al cuartel. Sin embargo, se abrió una puerta y volvió á sentirse el mismo ruido de pasos lentos y pesados. Ya no había lugar á dudas; era el suboficial de servicio que después de haber pasado, verosimilmente, un par de horas de

sobremesa con sus camaradas los otros suboficiales, hacia su ronda por los dormitorios de la compañía antes de retirarse á dormir. Un minuto más y sería notada la ausencia de Kutschbach. El que sufriendo un castigo de arresto y á pesar de la negativa enérgica del capitán á concederle permiso, se escapa clandestinamente del cuartel, estaba seguro de ser severamente castigado: Lo menos le esperaban de ocho á quince días de calabozo.

Todo esto pasó por la imaginación del joven voluntario con la rapidez del relámpago, y sin fijarse mucho en las consecuencias de lo que iba á hacer, se echó fuera de su cama, se metió en la de Kutschbach, y se tapó con el cobertor hasta la nariz.

En el mismo instante se abrió la puerta del dormitorio, y el suboficial de servicio entró en él. Proyectó la luz de su farol sobre cada cama y cuando llegó á la de Horn, que estaba vacía tomó nota del nombre que, conforme al reglamento, estaba escrito en la etiqueta pegada al pie de aquella. Pablo Horn se mordió los labios y se estremeció desde la cabeza hasta los pies; pero no se arrepintió de lo que había hecho. Para él, para Horn, que no había cometido ninguna falta, y que á excepción del día que tuvo que presentarse en acto de revista en casa del teniente Wittich, no había sufrido aún castigo alguno, las consecuencias de su acto serían menos graves, y con más razón, estando en buenas relaciones con el teniente von Bünau y bien conceptuado por el capitán.

Pero antes de la media noche, Horn, Rühl y Scharff se volvieron á vestir para hacer que Kutschbach entrase en el cuartel por el mismo procedimiento empleado para salir de él. Todo resultó perfectamente y Kutschbach estaba enagenado de gozo.

—En mi vida olvidaré—dijo en voz baja y estrechando la mano á todos sus camaradas—lo que habeis hecho por mí. Mi prometida os saluda y os da las gracias de todo corazón. Desde que existo, jamás he sido tan feliz como esta noche.

*
**

Pero el día siguiente fué un día de desencanto. El suboficial de servicio produjo un parte que el sargento mayor no tuvo más remedio que transmitir al comandante de la compañía. El señor capitán se puso fuera de sí. Horn! aquel soldado que hasta entonces se había conducido de una manera tan ejemplar, tenía ahora metidos los diablos en el cuerpo! Escaparse del cuartel durante la noche, era sencillamente para él, un hecho insólito.

—Voto al demonio! sargento mayor: anotad: tres días...—el capitán se interrumpió para reflexionar un instante.—Tres días de prisión. A decir verdad, os debería imponer la pena de calabozo; pero en consideración á la buena conducta que habeis observado hasta hoy, me atengo, por esta vez, á ese castigo relativamente ligero; pero os advierto, Horn,

que si reincidís, ireis irremisiblemente al calabozo y no llegaréis nunca á ser suboficial, por lo menos, mientras yo mande la compañía, voto á mil bombas!

Franz Kutschbach estaba literalmente estupefacto y no comprendía ni una palabra de aquella historia. Sin embargo, cuando terminada la facción le pusieron sus compañeros al corriente de lo que pasaba, reconoció toda la grandeza del sacrificio de Horn y su primer impulso fué dirigirse á la habitación del sargento mayor y revelar la inocencia de Horn; pero tanto éste como sus demás camaradas le disuadieron de su propósito haciéndole comprender que aquella confesión, fuera de tiempo, de nada serviría, por cuanto no podría evitar que Horn sufriese los tres días de prisión impuestos, si no por el mismo motivo, por el de haber engañado á sus jefes.

Aquella tarde fué conducido Horn, por el suboficial de servicio á las prisiones militares de la guarnición, llevando en su mochila el uniforme número 6, que debería ponerse tan pronto como llegase al local en que se recibe á los castigados. Su paso á través de la población con aquel arreo bajo las miradas medio compasivas, medio burlonas de los transeuntes, fué penosísimo para el joven soldado.

El celador de la prisión lo reconoció con la minuciosidad más prolija: le hubiera sido imposible introducir fraudulentamente ningún objeto prohibido. Terrible fué para Horn el momento en que se cerró tras él la puerta de la estancia que le destinaron y en que oyó el ruido de los cerrojos, estancia estrecha y desnuda de muebles. Una lucerna, guardada por fuertes barras de hierro dejaba penetrar en la estancia una claridad dndosa: el único objeto que en aquella semi-obscuridad percibió el soldado, fué la tarima de madera. Pablo Horn no hizo memoria de haber pasado en su vida una noche tan atroz ni tan abominable: no pudo cerrar los ojos en toda ella por efecto de sus sufrimientos, tanto físicos como morales. Se consideraba como un criminal, como un vagabundo, como un hombre deshonorado. Además, hacía un frío rigoroso que le producía estremecimientos como si tuviese fiebre. Su imaginación no dejó de divagar un momento. Pensó en su infancia, en los cuidados de que su tierna madre le rodeaba, y su espíritu se ennegreció más, apoderándose de él la melancolía. Sus ojos se llenaron de lágrimas y murmuró sollozando:—Madre mía, mi querida madre!

Considerábase tan desgraciado, que hubiera preferido morir. Si en aquel momento le hubiese amenazado cualquiera con un revólver ó con un puñal, no hubiera pestañeado y se hubiera dejado matar sonriendo, porque, ¿qué tenía que esperar ya en esta vida?

Pero súbitamente desechó aquellos pensamientos tristes: la imagen de una mujer graciosa y amada se grabó en su espíritu. Violento deseo surgió en su corazón, y exclamó abriendo los brazos:

—Elisa!

Se cogió entonces la cabeza con ambas manos, y lloró con amargura.

Todo el día permaneció en el mayor abatimiento. Tenía el cuerpo dolorido de haber pasado la noche sobre la dura tarima. Durante algunas horas estuvo paseando por la reducida estancia, distendiendo sus nervios y friccionándolos. No tenía apetito; pero comprendiendo, sin embargo, que le era preciso tomar algún alimento, se comió un pedazo de pan que había llevado consigo. Al llegar la noche, se sintió horriblemente fatigado y se tendió sobre la tarima. Para resguardarse algo del rigoroso frío que estaba haciendo, se quitó la túnica y se arropó con ella: hizo un lio con su pañuelo para convertirlo en almohada, y se lo colocó debajo de la cabeza, dolorida por la rigidez de las tablas, é instalado así para pasar la noche, se quedó profundamente dormido hasta el instante en que lo despertó un rayo de luz que fué á herir su rostro. Despavorido, saltó de la tarima al suelo: ante él y en la puerta misma de la habitación, vió de pie á un oficial con el casco puesto y el cuello de pieles levantado y detrás de él al suboficial del departamento de la prisión con una gran linterna en la mano, que dijo:

—El oficial de ronda!

Pablo Horn se acordó de la consigna que le diera su sargento mayor, y acercándose con viveza al oficial, le dió parte en estos términos:

(Continuará)

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

LAS PRÁCTICAS Y EJERCICIOS MILITARES DE LA 6.^a REGIÓN EN OCTUBRE DE 1902, por el teniente coronel de infantería don Domingo Arráiz de Conderena, doctor en filosofía y letras (folleto de 100 páginas).—Madrid, 1903.

Las asambleas doctrinales realizadas en otoño del año pasado por las fuerzas de la 6.^a región no correspondieron, en importancia, á las llevadas á cabo en años anteriores y en otras regiones, ni tampoco al número de unidades tácticas que integran se contingente. Prueba de ello es la refutación con que el autor del folleto que nos ocupa, testigo presencial, que fué, de la principal parte de ellas, encabeza su estudio, para poner las cosas y los nombres en su verdadero lugar, negando, con razón so- brada, á esos movimientos de tropas la denominación de *maniobras* y atribuyéndoles la de *prácticas* y *ejercicios*.

Las trabas que se opusieron á operar en escala natural casi se adivinan: la exigua fuerza de los cuerpos y la cortísima duración (5 días) señalada á las operaciones (por demás escasa con relación á las distancias que separan sus numerosas guarniciones), y dimanantes entrambas de

una causa común, en nosotros ya corriente: la falta ó la escasez de créditos. En tales casos, el buen deseo, aunque no intente obrar milagros, hace esfuerzos titánicos y apela al único, sobado y contraproducente recurso de *exprimir el limón y reducir la escala*, ó sea á echar mano hasta del último *destino* (elemento, por lo general, negativo) y á crear unidades y fracciones reducidas, es decir imposibles por lo microscópicas. Defecto capitalísimo, y no único, de este método, que bien pudiera llamarse *de reducción á lo absurdo?*... funesto; ya que cuantos, en sus diversas jerarquías, practican el mando, se habitúan á lo pequeño, á ver miniaturas de lo que en su día puede presentarse en tamaño natural, al que no estará acostumbrada la *vista del espectador*. Confirma esta apreciación nuestra una observación que el propio capitán general de la región pudo recoger en el simulacro de combate entre los dos bandos (1), de Pamplona y Logroño, cuando en su juicio crítico, publicado en la orden general, dice, hablando de la infantería: «...resaltando, por regla general, la falta de hábito de manejar las fuerzas fuera de los campos de instrucción y no aprovechar bien los accidentes del terreno». A cuántas reflexiones se presta tan amarga como irrefutable aseveración!... Dírase al mando los elementos que le corresponden, con ocasiones de desempeñarlo, y depurárase después su aptitud, y á buen seguro que no se harían tan visibles esos deplorables lunares.

Creemos, pues, que la enseñanza principal (no despreciable por cierto) que se obtiene de esas operaciones reducidas, es denunciar lo erróneo del procedimiento seguido hasta aquí por nosotros, para tratar á todo trance de substituirlo por el único racional y provechoso: hacer supuestos más modestos con unidades más nutridas, á fin de que aquéllos sean una imagen lo más fiel posible de la realidad. Si todo presupuesto de gastos es cuestión de números, combínense éstos, para que respondan á un fin útil, mejor que á vanas y artificiosas exterioridades.

Adolescentes del mal expresado las operaciones del 6.º cuerpo, el trabajo del señor Arráiz tenía que ser, y así es, forzosa y simplemente descriptivo. En él hace, en efecto, muy detallada y luminosa reseña de la conducta de las tropas en su orden de marcha, órdenes dictadas por los altos mandos, desarrollo y desenlace de los encuentros hipotéticos, y atinadas observaciones acerca de lo que la práctica ha recomendado ó desahuciado en ciertas prendas de vestuario y equipo, de la alimentación del soldado, etc. Completan, en fin, la recomendable obrita algunos croquis y fotogramas, estados de fuerza y cuadros de distancias en los itinerarios recorridos.—M.

(1) Estos bandos, ó brigadas (1), presentaron un contingente aproximado de 1.500 hombres, incluso los jefes y oficiales.